



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

Viejitos sin *aguante*
Germán Hasicic
Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 2, N.º 2, diciembre 2016
ISSN 2469-0910 | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Viejitos sin *aguante*

Germán Hasicic

germanhasicic@gmail.com

Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

Introducción

Este artículo fue elaborado en el marco de la tesis de grado “Fútbol y discriminación. Prácticas de producción de sentidos discriminatorios en el estadio del Club Atlético River Plate”. Si bien la investigación enfatiza en dichas prácticas vinculadas a los hinchas que concurren al estadio Antonio V. Libertti, fue imprescindible realizar un abordaje previo que permitiera comprender las características identitarias que moldean y pre-moldean la producción de estos discursos: es decir, rastrear legitimidades e ilegitimidades.

Así, se partió de la premisa que es allí donde estas prácticas encuentran su arraigo y, puntualmente, en la denominada “cultura del aguante”, concepto planteado por Pablo Alabarces. Su lógica supone una ética, retórica y estética atadas a la violencia, la corporalidad y la protección del código de honor colectivo (retomaré esta idea más adelante).

En el trabajo de campo –el cual se articuló en dos líneas bien marcadas (análisis discursivo y etnografía)– comenzaron a hallarse las primeras preguntas en torno a esta concepción: ¿es transversal a todos los hinchas? ¿Hasta qué punto la cultura del aguante logra explicar comportamientos y conductas de los públicos? ¿Podemos hablar de un dispositivo monolítico y homogeneizador? ¿Qué papel desempeña el *habitus* planteado por Pierre Bourdieu? Insisto, el objetivo de la investigación apuntaba a otros

aspectos, pero los interrogantes no demoraron en suscitarse. Dentro del amplio espectro de hinchas y simpatizantes entrevistados (la mayoría de ellos socios del club) me circunscribiré a un pequeño grupo de vitalicios. Los testimonios de Alfredo, Raúl, César y Ricardo (entre los cuatro suman más de doscientos años de socios, un dato no menor) chocaban, o mejor dicho, contrastaban con la idea de “aguantar”. Este artículo busca dar cuenta de realidades objetivas y subjetivas (Berger y Luckmann, 1966), donde la cultura del aguante no se constituye automáticamente y “gobierna” el comportamiento de los hinchas, sino que es posible hallar otras conductas socio-culturales y modos de expresión.

Fútbol y violencia: el aguante en el centro de la escena

En principio, y antes de adentrarnos en la problemática central, resulta necesario realizar un breve recorrido o reconstrucción del deporte como objeto de estudio. Este, entendido como fenómeno social, ha trascendido la esfera de lo cotidiano en nuestro país, cuya irrupción y circulación en los medios masivos de comunicación es innegable. Sin embargo, y por diversas razones, permaneció obturado hasta fechas muy recientes como una posibilidad de discurso académico. Hacia la década del 80, ninguna disciplina de las Ciencias Sociales se había ocupado de su estudio, quedando desplazado al costumbrismo y producciones literarias sin ningún tipo de rigor científico. Las primeras investigaciones que adoptaron al deporte como objeto de estudio se vincularon a identidades y prácticas periféricas. El binomio deporte/sociedad tiene su precedente en el análisis de la recepción y apropiación de las prácticas del polo y el fútbol. Esta se establece como la llave de entrada a las dinámicas de hibridación en la constitución de lo nacional-criollo, como así también a la conformación discursiva de los estilos deportivos a partir imágenes y estereotipos mediáticos de lo masculino (Archetti, 1997).

El fenómeno de popularización del fútbol, práctica deportiva que –incorporada al país en la segunda mitad del siglo XIX– adquirió para mediados de la década de 1920, la dimensión de un verdadero espectáculo de masas. Los estudios de historia y sociología del deporte, parten de premisas sencillas: el deporte ocupa un papel fundamental en la construcción de identidades colectivas y constituye un prisma de primer orden desde el cual observar los procesos de cambio social y cultural (Frydenberg, 2011).

Desde esta perspectiva, el fútbol es entendido como máquina cultural posmoderna productora de nacionalidad y de narrativas pregnantes y eficaces. A partir de aquí, se puede observar un quiebre en la concepción del deporte: abandona su característica banal para transformarse en un objeto constituido y con un rol activo en experiencias de construcción identitaria.

Los trabajos académicos en torno a los públicos que acuden a los estadios de fútbol y sus comportamientos sociales delinearon otra arista en dicha problemática. La dimensión de *lo popular* se visibiliza en el campo futbolístico por ser un espacio transclasista, un operado para las nuevas identidades y en las luchas desiguales (en términos de bienes materiales y simbólicos). La cultura futbolística nacional es el resultado de una transformación: el pasaje de una ética del juego como "cosa" de caballeros a una ética del juego como "cosa" de hombres y de *machos*. Tan machos como para "tener códigos" y "aguantar", dando lugar a la "cultura del aguante" (Alabarces, 2008). Esta última implica una inversión de los valores como el respeto mutuo, la diversidad y la no discriminación entre las personas.

Por otra parte, si consideramos la violencia como discurso, cabe destacar a la denominada *Teoría social del discurso* (Angenot, 2010), a partir de la cual los discursos son hechos históricos y sociales, comprendiendo todo aquello que puede pensarse y decirse en una sociedad y momento determinado (corte histórico, espacial y temporal). Esta teoría posibilita la articulación de la producción discursiva de los hinchas de River –esto es, cánticos, banderas, gestos, comportamientos, entre otros modos discursivos– como hecho histórico y social, el cual responde a unas condiciones que habilitan "un hecho históricamente situado, donde el discurso social implica una mirada totalizadora de un complejo entramado de voces, aislando las manifestaciones individuales, que dan cuenta de lo enunciable en una instancia específica de la histórica" (Angenot, 2010).

A raíz de esto último, resulta pertinente la idea de "contexto" planteada por Teun Van Dijk, cuya teoría trabaja en clave para comprender las escenas socio-culturales en las cuales cobra sentido su articulación al discurso social planteado por Marc Angenot. Así, "el racismo discursivo se transforma en un elemento clave y el cual cobra sentido en un contexto definido espacio-temporalmente por las nociones dominantes" (Van Dijk, 2002). Así, se habilita una lógica discursiva discriminatoria y racista de la auto-representación positiva y la representación negativa. En este sentido, los denominados *barras bravas* o grupos radicales, el "aguante" opera como retórica (estructurada desde el lenguaje), estética (construcción de una estética plebeya) y ética (moralidades en juego). La violencia se erige como visión de mundo compartida; el

honor y la masculinidad son puestas en juego en combate con los *otros* (otras hinchadas, la policía) y el cuerpo es la expresión del aguante (Alabarces, 2008). En este contexto, las producciones de sentidos discriminatorios y los mecanismos de exclusión se configuran, al mismo tiempo, como elementos adoptados y constitutivos de estas lógicas. La cultura del aguante se ha ubicado en el centro de la escena, directamente ligada al eje fútbol-violencia. Sin embargo, aquí es donde surge uno de los interrogantes mencionados ¿el aguante “gobierna” los comportamientos de los públicos que asisten a los estadios de fútbol? ¿Existe únicamente esa *visión de mundo* compartida?

Habitus, prácticas y discursos

A partir de una serie de diálogos y conversaciones sostenidas con Alfredo, César, Raúl y Ricardo (quienes de ahora en adelante serán “los vitalicios”) se evidenció que había *algo más*; había otros factores y aspectos relevantes que quedaban fuera de la idea de Alabarces en relación a la violencia y la idea del aguante. Ellos afirmaban una y otra vez que no se percibían como productores y reproductores de prácticas discriminatorias:

Vengo a ver a River desde la época de *La Máquina*. Casi siempre con mi padre o abuelo. La rivalidad con Boca existió y seguirá existiendo. Lo que noto, es que cambiaron los valores y maneras de sentir el fútbol. Jamás canté las barbaridades que se dicen ahora. Todas esas cosas vinieron con los atorrantes de ahí arriba (señala la tribuna y el espacio que ocupan los llamados “Borrachos del tablón”). Ellos son lo peor del fútbol. Golpean gente. En el mejor de los casos se pelean con la policía o entre ellos mismos, si no terminan matando a alguien.

Si bien las palabras de César revisten cierta linealidad, realiza una clara diferencia entre ellos/nosotros: ellos, los barras, los violentos, lo “impuro” del fútbol; nosotros, hinchas verdaderos, respetuosos de la rivalidad. Pero ¿qué marca esa diferencia entre unos y otros? ¿Acaso no son todos hinchas de River? Evidentemente “los vitalicios” no se encuentran atravesados por la citada cultura del aguante. La “hinchada” conforma una “comunidad” de pertenencia, que se define por ser los poseedores del “aguante”,

los que pelean (Alabarces 2004; Garriga Zucal 2005; Garriga Zucal y Moreira 2003). Este bien simbólico los congrega y los diferencia. El verbo aguantar se vuelve sustantivo, construyendo así comunidades definidas por la práctica; los que "tienen aguante" y los que no lo tienen. Se establece así una diferencia entre los que disputan el "aguante" y los que no comparten esas formas de distinción. Entonces ¿los denominados "vitalicios" no tienen aguante? ¿Esto los deja fuera de la comunidad futbolística?

Este tipo de cultura se manifiesta como una concepción totalizadora, monolítica y generalizadora que no logra divisar otros públicos por fuera de los que "aguantan". Considerar que es una suerte de ley socio-cultural en el ámbito del fútbol resulta una postura sesgada que deja por fuera y deslinda de toda legitimidad aquellos hinchas o públicos que no se autoperciben como sujetos inmersos o atravesados por esa lógica. Por alguna (o algunas) razón "los vitalicios" no se reconocen como parte del mismo colectivo que "los atorrantes de allá arriba". En este sentido, el concepto de *habitus* de Pierre Bourdieu aporta una arista a una problemática de suma vigencia. Según el sociólogo francés, el *habitus* comprende al conjunto de esquemas generativos a partir de los cuales los sujetos perciben el mundo y actúan en él. Estos esquemas generativos generalmente se definen como "*estructuras estructurantes estructuradas*" (Bourdieu, 1980: 172); son socialmente *estructuradas* porque han sido conformados a lo largo de la historia de cada agente y suponen la incorporación de la estructura social, del campo concreto de relaciones sociales en el que el agente social se ha conformado como tal. Pero al mismo tiempo son *estructurantes* porque son las estructuras a partir de las cuales se producen los pensamientos, percepciones y acciones del agente. Dicha función estructuradora se sostiene sobre los procesos de diferenciación en cuanto a las condiciones y necesidades de cada clase. Esto hace que la eficacia preponderada de las prácticas culturales asumidas como propias respecto de las que no, actúe como tamiz (criterio de selección) de la cultura hegemónica (reconocimiento arbitrario, social e histórico de su valor en el campo de lo simbólico) ya que, según Bourdieu, *la cultura importa como un asunto que no es ajeno a la economía ni a la política*.

A partir de este concepto bourdiano, las estructuras estructurantes estructuradas se visibilizan categóricamente en las afirmaciones de Raúl:

En mi casa nunca escuché una mala palabra o insulto. Si por algún motivo sucedía, no te puedo explicar el lío en el que me metía con mi padre. En la cancha esas cosas son moneda corriente, y cuando vengo

con mis nietos Tomás y Franco les prohíbo que canten o repitan esas barbaridades. Veo muchos padres que vienen con sus hijos y no se dan cuenta que los chicos, sin darse cuenta, copian eso; lo malo del fútbol. La educación que tienen en la casa se refleja acá los domingos. Los tiempos cambiaron y eso se nota.

La educación y la familia son dos palabras e instituciones que se reiteran en las narraciones de los entrevistados. Contrariamente, ninguna de ellas es tenida en cuenta en la idea del aguante. Si enmarcamos la problemática en contexto macro en el cual los prejuicios discriminatorios, raciales y étnicos, como así también la utilización discursiva peyorativa que se hace a partir de ellos, podríamos decir que tienen su correlato en un tejido sociocultural que los cobija. "La Argentina, tanto en su historia como en la actualidad, muestra muchas formas de racismo: desde la discriminación de indígenas y africanos y el racismo generalizado contra los 'cabecitas negras', hasta el trato dispensado a los inmigrantes pobres de los países latinoamericanos cercanos" (Van Dijk, 2008). Las afirmaciones del lingüista holandés resultan interesantes para explicar esta lógica discursiva discriminatoria y racista de la auto-representación positiva y la representación negativa, plasmada en múltiples ejemplos: banderas argentinas con el territorio de las Islas Malvinas en la cabecera que ocupan "Los borrachos del tablón" ("nosotros sí somos argentinos"), "los hinchas de Boca son todos putos de Bolivia y Paraguay" (lo que se traduce en étnicamente inferiores e ilegales, en otras palabras, no son argentinos), el uso de barbijos cuando River jugaba en condición de visitante en Boca ("hay olor a podrido del Riachuelo, por eso son bosteros").

Retomando la idea de Bourdieu, cuna de las dimensiones fundamentales del habitus es su relación con las clases sociales y la reproducción social. Si el habitus es adquirido en una serie de condiciones materiales y sociales, y si estas varían en función de la posición en el espacio social, se puede hablar de "habitus de clase". Estos habitus de clase, a su vez, son sistemáticos: producidos en una serie de condiciones sociales y materiales de existencia –que no han de aprehenderse como suma de factores, sino como conjunto sistemático– unidas a una determinada posición social. De esta manera, habría una serie de esquemas generadores de prácticas comunes a todos los individuos biológicos que son producto de las mismas condiciones objetivas. Ante la imposibilidad de segmentar o identificar quiénes serían los sujetos comprendidos en la cultura del aguante (aunque esta se halla orientada a universalizarlos), sí se puede identificar el "habitus de clase" de "los vitalicios": socios vitalicios de River Plate,

jubilados profesionales, habitantes de Zona Norte del GBA (puntualmente Olivos y Vicente López) cuyas prácticas y discursos se enraízan en el respeto por el rival y, principalmente, una marcada oposición socio-cultural a “los atorrantes de allá arriba”.

¿No tienen aguante?

Recorriendo los pasillos del Estadio Monumental, fue una de las preguntas que realice a “los vitalicios”: *¿qué significa para ustedes tener aguante?* Los cuatro esbozaron respuestas similares entre sí pero dispares en relación a la definición o idea propuesta por Alabarces

No sé bien qué quieren decir con eso del aguante. Imagino que a aguantarse las peleas y trompadas con las hinchadas de los demás clubes. Hablando mal y pronto, quién la tiene más larga. Nosotros somos hinchas, socios y nos une un sentimiento muy profundo con este club. A veces muchos socios empujados por el fervor cantan cosas que ni ellos creen que son capaces de hacer, como matar a alguien o pegarle a la policía. Se naturalizaron esas cuestiones, no solo acá en River y con el hincha de Boca, sino en todos los estadios. Eso de ver quién tiene la hinchada más grande y quiénes son los más machos pasa en todo el fútbol argentino lamentablemente. Hacete la idea que nosotros en los '50 o '60 veníamos de traje o camisa a la cancha; todo el público. Eso cambió totalmente, como la sociedad y los valores.

Con otras palabras, pero apuntando hacia un mismo hecho, estos socios vitalicios de River reconocen tejidos sociales disímiles y complejos en los públicos que asisten al estadio de Núñez. En este sentido, a priori podría establecerse que tanto los que “aguantan” como aquellos que no, comparten un vínculo común: su vínculo subjetivo con la institución, con el club. Alabarces es contundente al afirmar que

Acá no hay inadaptados. No hay salvajes, irracionales, animales. No hay excepciones, ni fenómenos arbitrarios o azarosos. Sino que todo pertenece a una lógica minuciosa, compleja, absolutamente reconocible y entendible que se llama “cultura futbolística argentina”, dentro de la cual la violencia es la norma, no la excepción. La

violencia es la pauta que estructura toda la cultura futbolística argentina. (Alabarces, 2011)

Sin embargo, y a partir del testimonio de los entrevistados, se evidencia que esta cultura propuesta por el autor es sesgada, pretenciosa (en términos de homogeneización) y monolítica, donde no cabe lugar para las subjetividades y se reducen a una gran masa que produce y reproduce una lógica de algunos, sin preguntarse o cuestionarse si están dispuestos a "aguantar". Es aquí donde una de las dimensiones fundamentales del habitus significa un aporte a la cuestión: su relación con las clases sociales y la reproducción social. Si el habitus es adquirido en una serie de condiciones materiales y sociales, y si estas varían en función de la posición en el espacio social, se puede hablar de "habitus de clase". Es decir, habría una serie de esquemas generadores de prácticas comunes a todos los individuos biológicos que son producto de las mismas condiciones objetivas (Bourdieu, 1980). Estos sujetos que aguantan y hacen, a partir de su lógica, un uso y ejercicio legítimo de la violencia podría ser entendida como una realidad objetiva. En contrapartida, también existe una realidad subjetiva, que es aquella apreciación que realizan los diversos sujetos de la misma (Berger y Luckmann, 1966). Es decir, la sociedad es vivencialmente experimentada por el sujeto. De la misma forma, los hinchas de River (en este caso) construyen diversas realidades subjetivas en términos identitarios. Establecer que la "cultura del aguante" opera con tal éxito y es internalizada genéricamente implicaría sobreestimarla, a la vez que subestimar las configuraciones identitarias subjetivas vinculadas al fútbol.

Bibliografía

- Alabarces, P. (2008). *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la identidad en la Argentina*. Buenos Aires: Capital Intelectual editora.
- Alabarces, P. y otros (2005). *Hinchadas*. Buenos Aires: Capital Intelectual editora.
- Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Archetti, E. (1985). "Fútbol y ethos", en *Monografías e Informes de Investigación*, N°7. FLACSO.

- (1997). "Hibridación, diversidad y generalización en el mundo ideológico del fútbol y el polo", en *Prismas* N°1, pp 53-76. Universidad de Oslo.
- Berger, P. y Luckmann, T. [1966] (2013). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bourdieu, P. [1980] (1992). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Frydenberg, J. (2011). *Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- García Zucal, J. (2011). *Nosotros nos peleamos. Violencia e identidad de una hinchada de fútbol*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Van Dijk, T. (1997). "Historias y racismo". En *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*, pp 121-142. Newbury Park.
- (2002). "Discurso y racismo". En *Persona y Sociedad*, pp. 191-205. Oxford
- (2 de abril de 2008). "Aún tenemos un discurso racista", artículo publicado en La Nación. Buenos Aires. En línea. Disponible en: <<http://www.lanacion.com.ar/1000623-van-dijk-aun-tenemos-un-discurso-racista>>.